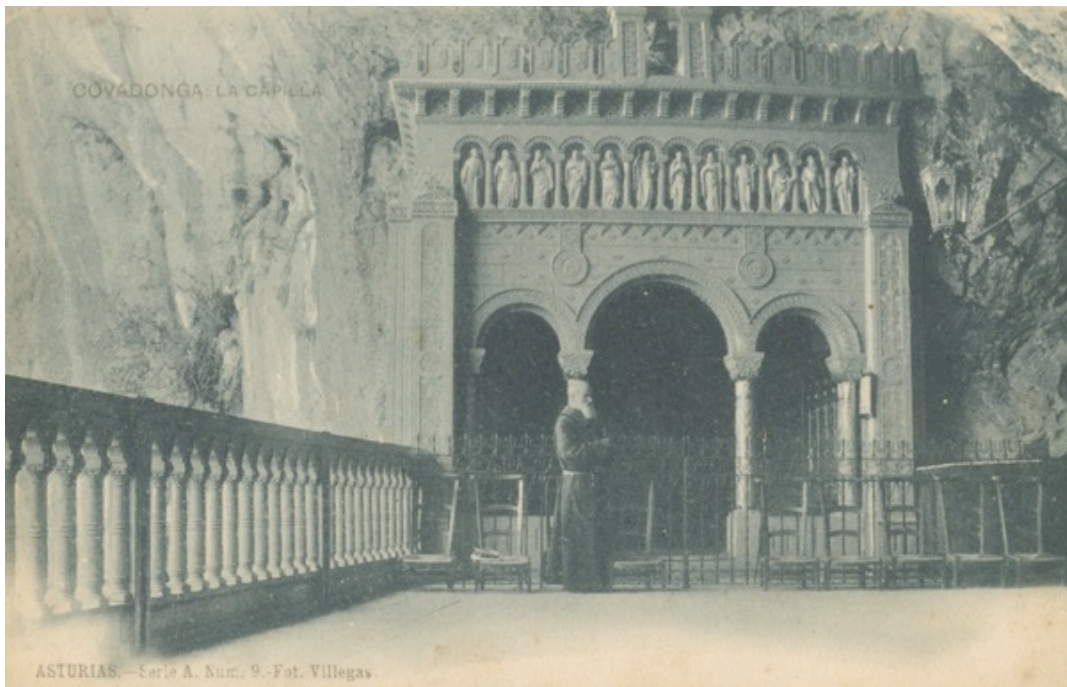


# Cueva de Covadonga

Francisco Martínez-Corbalán

¡Cueva de Covadonga llena de evocaciones que aún guardas las resonancias épicas de otros tiempos junto con el rumor de las plegarias que ahora eleva el fervor hondo de los peregrinos! Cueva de Covadonga que perfumó el aroma místico del milagro y glorificó la historia: nido de águilas, hoja de laurel, solar español...

Dentro de mí, es tu recuerdo como un claro repique de campanas pascuales, como la voz de la raza recia y solemne, como la palabra queda y maga de la tradición, como una música antigua llena de saudades, a cuyo son se abren las flores azules del recuerdo. ¡Cueva de Covadonga!



Hay en ti algo que suaviza tu evocación guerrera. Sobre tus muros que salpicó la sangre, bajo tu bóveda que acogió el clamor rudo de la batalla y los ayes de los moribundos, fue el amor batiendo la blancura de sus alas. Y como por milagro, de hosca y trágica, fuiste dos veces santuario.

Santuario de amor.

¡Virgen de Covadonga, *pequeñina y galana*—como dice el cantar— perdona tu, que eres toda amor, estas irreverencias de los enamorados! Sobre las paredes de tu cueva fueron con mano trémula enlazando sus nombres un claro día, en el que te ofrendaron el temblor ingenuo de sus almas, abiertas como rocas de mayo.

Perdónalos, Señora, que tu y ellos disteis a la cueva de D. Pelayo esa suavidad, esa dulzura que aparta toda la evocación guerrera. Que va bien a estos tiempos de discordia un poco de amor y de dulzura.

¡Cuántos *indianos* desde la tierra lejana que los acoge, enviarán a ti sus oraciones como palomas mensajeras; cuántos al volver triunfantes o vencidos recorrerán los muros de tu cueva con ojos ávidos buscando un nombre junto al suyo!... ¡Cueva de Covadonga, cuántas lágrimas habrás sentido caer sobre tu suelo!

¡Oh, el dolor de las madres de los que se marcharon para no volver! La angustia de las novias de los aventureros, la inquietud del padre que ahoga el llanto por parecer sereno...

Cueva de Covadonga que de todo sabes: del amor y del dolor, de la vida y de la muerte, de la esperanza y el desconsuelo y sigues indiferente, abrumada de gloria, adormecida al rumor del río que se

despeña claro y azul, como un cristal; cueva de leyenda y de milagro que sabes de pompas reales y liturgias sagradas, madriguera insigne de este viejo león hispano que ahora empieza a desperezarse... Cueva de Covadonga que eres única: ¡Salve!

Madrid, noviembre 1914.

MARTÍNEZ-CORBALÁN Y PÉREZ DEL ARENAL, Francisco, “Cueva de Covadonga”, en *Covadonga Gráfica*, Cangas de Onís, 1º de diciembre de 1914, año I, núm. 4, p. 3. Fotografía cedida por José Manuel González Castro.